

www.puntodelectura.com

MIGUEL TORGA

El señor Ventura

punto de lectura



Título: El señor Ventura

Título original: *O Senbor Ventura*

© 1943, 1999, Publicações Dom Quixote y Herederos de Miguel Torga
Publicado por acuerdo con Dr. Ray-Güde Mertin, Literarische Agentur,
Bad Homburg, Germany.

© De la traducción: Mario Merlino

© Santillana Ediciones Generales, S.L.

© De esta edición: junio 2008, Punto de Lectura, S.L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España) www.puntodelectura.com

ISBN: 978-84-663-2212-6

Depósito legal: B-22.970-2008

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño de portada: Txomin Arrieta

Impreso por Litografía Rosés, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

MIGUEL TORGA

El señor Ventura

Traducción de Mario Merlino

Prefacio

Querido lector:

No sé con qué palabras debo presentarte este libro, incluso después de las vueltas que ha dado. Escrito de una sentada hace más de cuarenta años, a la edad en que los atrevimientos son argumentos, dejé en él toda la fantasía descabellada y toda la torpeza expresiva que tenemos impunemente en la juventud. Pero me quedé tan perplejo, cuando lo releí ya en la madurez, que hice lo posible por olvidarlo y por que fuese olvidado. Hoy, empero, en esta vertiente de la vida en la que se miran con lucidez y benevolencia los verdores de la mocedad, decidí recuperarlo. Pacientemente, lo despojé de las principales impurezas, di un toque a los comportamientos más desacertados, intenté, en fin, volverlo legible. Por él y por mí. Por él porque, a pesar de todo, cuenta una historia verosímil desde una perspectiva portuguesa, dado que somos los andariegos del mundo, capaces de dejar en todos lados lo mejor y lo peor; por mí, porque a ningún autor le gusta dejar como legado las obras repudiadas. Y aquí tienes otra vez la obra traída a la luz. Tú dirás si valió la pena el largo barbecho y la indispensable escarda. En el presente, lo más

seguro es que no concebiría una narración tan lineal y apresurada. Buscaría al menos que fuese más organizada psicológicamente, más lógica, menos sumaria y arbitraria. Pero tendría también su precio tal pretensión de coherencia. Tal vez así no conseguiría tan espontánea y liberalmente dar alas a la imaginación. Que, la verdad sea dicha, es la única punta por donde se la puede coger. Confieso incluso que, en ese aspecto, nunca tuve una experiencia igual. El bolígrafo parecía en mi mano el mango endiabrado de una escoba de bruja. Volé, no hay duda. Simplemente, olvidé mientras volaba las leyes de la gravedad. Y cuando volví en mí la desilusión fue total. Pero no hay como el tiempo para convertir en relativos los juicios absolutos. A la hora menos esperada de la razón, nos encontramos a nosotros mismos sonriendo ante los rigores de nuestros anteriores criterios. Fue lo que me ocurrió. Acabé descubriendo que, más que anatemizar angustiosamente ciertos errores, lo mejor es comprenderlos en su circunstancia e intentar atenuarlos. Y listo. Después de aceptarlo a conciencia y de mortificarlo con el yunque del oficio, asumo por completo el devaneo. Y hasta con cierto enternecimiento. Tal vez por sentirme incapaz de repetirlo...

Coimbra, mayo de 1985

Tuyo

Miguel Torga

Primera parte

En tardes como la de hoy, cansado de esperar no sé qué milagro, desanimado frente al mapa del mundo que en la pared me desafía desde la infancia, comienzo a pensar en el señor Ventura. En su evocación mitigo durante algunas horas el dolor que va acabando conmigo. No me resigno a la idea de haber visto la luz en este tiempo y en una tierra durante siglos inquieta por descubrir y saber, y después trágicamente dormida para todo lo que no sea mirarse y resignarse. Me parece un castigo inmerecido del destino y de la historia. Pero, como soy hombre de imposibles, me salvo como puedo. Me lleno del recuerdo mágico del señor Ventura, a quien ninguna razón le impidió andar las siete partidas que nos llaman en vano a cada uno de nosotros. En su figura pongo la realidad de lo que soy y la añoranza de lo que podría

ser. Entrelazo en el dibujo de su nombre cuanto me pide la imaginación de distancia y de peligro. Vivo en él. Y, mientras dura la memoria de sus pasos, me siento tan verdadero que casi soy feliz.

II

Comienzo siempre viéndolo salir de las berzas, Penedono, en el Alentejo, donde nació y se crió guardando ganado. Tenía en ese tiempo veinte años. Llegó el momento, fue al reconocimiento médico, superó las pruebas, y allí va él a Lisboa a hacer el servicio militar.

Era entonces un muchacho robusto, macizo, que había sustituido ya hacía unos años el cayado de pastor por la esteva de gañán, en el Farrobo, una de las heredades del señor Gaudêncio. Pero, ya apacentando ovejas, ya labrando la tierra, las lenguas anchas y calurosas de la gándara le habían entrado en la sangre.

Para tomar el tren en Lmares, que quedaba a quince kilómetros de distancia, debía atravesar el ancho escenario donde se había deslomado

soñadoramente: sembradíos espesos de trigo ondulante, alcornoques parduscos de tristeza y barbechos de jara florida, empapada de miel y de bochorno. Y durante todo el camino dejó vagar sus ojos enamoradamente por aquel panorama irreal, como un árabe que fuese llamado a La Meca y, antes de partir, quisiese beber toda la frescura y toda el agua de su oasis. Comenzó a invadirlo una honda nostalgia. E intentó reaccionar. Los veinte años vividos allí eran mucho, pero no eran todo. Ciertas células del cuerpo le pedían más. Y, pasado el momento de debilidad, el señor Ventura, al mismo tiempo que le daba pena no quedarse, sentía la ansiedad de partir.

—¡Adiós, hijo!

—¡Adiós, madre!

—Ten juicio, si te portas bien, si respetas a tus superiores y si comes...

—Quédese tranquila.

Paaartiida...

—Deme su bendición, padre.

—Dios te bendiga.

El tren comenzó a andar, y los dos viejos parecían ríos de desesperación de tantas lágrimas que lloraban en el andén de la estación. Pero el muchacho agitaba el pañuelo con los ojos secos.

—Fue siempre así, arrojado... —dijo con cierta melancolía y mucho orgullo el señor Rodrigo, que nunca había salido de Penedono.

—Ni ellos saben lo que habrá allí... —murmuró para sus adentros la señora Joana.

Y el último pitido de la máquina se perdió en la llanura.

III

La llegada a Lisboa fue un deslumbramiento frío. El señor Ventura, sin una letra, sin una cuenta y desconfiando de su propia sombra, parecía un objetivo inquieto recogiendo imágenes.

—¡Éste, por lo que se ve, es el Tajo! ¡Demonios, qué mar de agua!

Era un compañero del servicio militar, Américo, que tenía la boca más ancha que el bolsillo del que un carterista le birló cincuenta escudos.

—Come y calla —fue la respuesta del señor Ventura, mientras el barco, pesado, iba atravesando el río.

—Pero ¿no te gusta ver? —insistía el otro.

—El caballo es bonito...

Ya habían desembarcado y miraban en el Terreiro do Paço la estatua ecuestre. Era día de fiesta y la multitud se comprimía en la gran plaza como ganado en un pequeño corral.

—¡Ay, que me han robado! —gritó de repente Américo, con la mano derecha en la profundidad de la chaqueta.

Se abrió en el acto un claro alrededor de ellos. Quien estaba cerca de allí y oyó aquella acusación universal, se apartó precipitadamente.

—¡Ay, mis queridos cincuenta escudos! —gemía Américo, cada vez más dolorido.

Vino un policía.

—¿Qué ha ocurrido?

El señor Ventura, entonces, ante la expresión pasmada de su compañero, le explicó al agente que su amigo estaba fascinado por Lisboa. ¡Sí, señor, una maravilla! ¿Y dónde quedaba, al final, la Infantería 1?

El funcionario policial se lo indicó.

Y, mientras a su lado Américo se quejaba por aquella pena abrumadora de la pérdida de los cincuenta escudos que le había dado su madrina al partir, el señor Ventura, pregunta por aquí, intuye por allá, los ojos como sanguijuelas

sobre todas las cosas, aprendía el camino del cuartel.

IV

Pocos días después, el 158 comandaba el regimiento. Claro que había por encima de él una jerarquía completa, desde el cabo al coronel. Pero, precisamente por eso, porque tenían una divisa, un puesto determinado, y el señor Ventura, sin ninguna categoría, era solamente él mismo, su poder no sufría límites. En el uniforme de soldado raso se resumía la unidad entera.

De vez en cuando el sargento Antunes, muy enojadizo, perdía la cabeza y daba parte. Y en la orden caía un castigo sobre las anchas espaldas del 158. El señor Ventura ni siquiera pestañeaba. La blancura de la cartilla militar no era su vocación.

—No sé leer... Por eso me da lo mismo lo que pongan allí, sea bueno o malo.

Fue un poco más complicado cuando una noche faltó a la retreta y lo castigaron con tres días de calabozo. Siempre había rejas en la ventana.

Pero con cigarrillos, rancho y la guitarra que le permitió el cabo de guardia, al segundo día como un rey en su palacio. La guarnición a la puerta, arrobada. Había aprendido a tocar. Y, con la voz que tenía, cantaba unas serenatas tan buenas que sus camaradas rondaban la prisión como los niños las confiterías. Cuando, cumplida la pena, volvió a la parada, parecía un héroe. Si hasta entonces valía cien, ahora valía mil. Todos lo querían. Y había que verlo, después del servicio, a la sombra de un carro de escuadrón.

La primera vez que el caso pasó de la raya, el oficial de guardia, el teniente Sarmiento, mandó llamar al señor Ventura.

—¿Así que ahora ópera, 158?

—Ópera no, teniente... Aún no he llegado tan alto... Sólo un fado para consolar a los muchachos...

Tres fajinas.

Pero como el alentejano reincidió y a nadie le convenía perder aquella amistad, a nadie más le importó. Tenía defectos, pero quién está libre de ellos. Cuando había que resolver un asunto peliagudo, aplacar a una mula brava, colocar un cable de radio en el tejado, desatascar una ametralladora, hacer el trabajo más difícil,

¿cuál era el nombre que se les ocurría a todos?
El del señor Ventura.

—Hay que llamar al 158 —recordó el propio coronel, un día de agua en que el coche del general se averió a la salida del portón y el chófer se declaró incapaz de sacarlo de allí.

Llegó el señor Ventura y se sintió en su propia salsa. Había aprendido a manejar aquellos tornillos en el Farrobo, en la camioneta del patrón, el señor Gaudêncio. Por eso, se puso de inmediato manos a la obra.

—¡Eres un hombre fuera de serie, 158! —dijo benévolamente el coronel cuando vio que el motor funcionaba como un reloj.

—Pues eso, coronel, sepa usted que soy así.

V

Sacaba provecho el 158 de esa popularidad, cuando el azar lo llevó a una taberna de Madragoa. Era un día de julio, por la noche. Un calor asfixiante. Y el señor Ventura, quemado por aquel fuego que el sol había dejado en su camino, con

tres compañeros más, decidió ir a refrescarse. Había vino de Cartaxo, música y sardinas fritas. Para quien estaba libre de la retreta y tenía buen estómago, sólo en el cielo encontraría mejor sitio.

Ya bien entrada la noche, cuando la cantidad de cuartillos daba miedo, entra en el local un individuo alto, fuerte, con un aspecto que no gustó a ninguno de los presentes.

—¡Buenas noches, mozos! —soltó, fanfarrón.

—Buenas noches.

El tono de la respuesta no le dejaba dudas a nadie. Pero el recién llegado era entrometido:

—¡Por los modales, hoy os habéis agarrado una buena castaña!

—¿Y a usted qué le importa?

Nunca se supo a ciencia cierta qué boca profirió estas palabras, ni, después de agriarse la cosa y caer en la taberna la mayor batahola de la que hay memoria, quién dio la cuchillada al desconocido. El desgraciado se derrumbó, muerto por un fantasma. Claro que todo el mundo pensó en el 158. Ninguno de los de su grupo, empero, lo acusó. Negaron que hubiesen sido ellos, se defendieron como pudieron —que había más gente y que en medio del alboroto nadie sabía quién era quién—, pero que no había sido ninguno de

los de la mesa. Algunos testigos acusaron abiertamente a la ronda de los militares. Pero, siendo individuos sospechosos, no ofrecían garantías.

El tribunal fijaba los ojos justicieros en el rostro sereno del señor Ventura y desistía. El muchacho parecía la pura inocencia.

—Pero entonces tú, 158, con ese genio que tienes, ¿oíste los insultos sin pestañear? ¿Ni siquiera saliste del lugar? —preguntaba, con su maña habitual, el coronel Gonçalves, que hacía de abogado del diablo.

—Sabrá, coronel, que no. Al fin y al cabo, lo que se dice de mi genio son más ruidos que nueces...

—Pero te vieron en determinado momento junto a la barra...

El señor Ventura saltó por encima de la trampa con la presteza de un gamo.

—Me arrastró la corriente. Que conste que atravesé aquella barahúnda sin que se me llegase a caer el vaso que tenía en la mano. ¿Es o no es verdad, señor Faustino?

El dueño de la taberna, hacia quien se había vuelto el 158, lo confirmó. Y el tribunal, al cabo de unos días más de trabajo, cerró el caso.

Sin embargo, a pesar de que las pruebas no acusaban al señor Ventura, lo acusaba la convicción

de todo el cuartel. Y, un tiempo después de la sentencia absolutoria, un guía de marcha lo mandaba a formar parte de un contingente militar en misión de soberanía en Macao.

VI

Iba a servir en la colonia como soldado. Pero, en cuanto puso el pie en aquel tarayal amarillo y blanco, el señor Ventura tuvo enseguida la certidumbre de que ya no era hombre para dormir al toque de corneta.

Ahora se disipaba del todo el impulso que Lisboa había despertado en él. A medida que el barco avanzaba, y nuevas tierras iban a su encuentro en la imaginación, el señor Ventura sentía que algo moría dentro de sí para dar lugar a otra cosa diferente que nacía. El cambio se hacía, no obstante, sin que el 158 supiese a ciencia cierta cómo y en qué dirección. Eran certidumbres que una ola barría, pesares que esfumaba en cada puerto una bailarina, ambiciones que reflejaba una piedra preciosa contemplada en un escaparate, y todo ello

recordado después desde la cubierta del navío, que seguía avanzando. Una mañana, empero, aportaron en Macao. Y el señor Ventura vio de repente toda la nebulosa del viaje abierta bajo un sol transparente. Lo que todo aquel desasosiego quería decir era la libertad completa, la entrega del instinto y los sentidos a los caminos de la aventura.

Comenzó entonces a desvelar afanosamente la vida de la ciudad con ojos ávidos. Una fiebre de conocer encendía su ancha alma de alentejano. Sus compañeros aún gateaban por los alrededores del cuartel; él en cambio ya se sumergía en los callejones más recónditos, en busca del misterio. Ansioso de no sabía qué noticia, lo preguntaba todo.

—¿Y es bonito aquello?

Loo, la pequeña china que aplacaba los ardores meridionales del soldado, le daba, como sabía, explicaciones de su tierra, que estaba en Manchuria. Pero la curiosidad del señor Ventura seguía insatisfecha después de escucharla.

—Tengo que ir a ver cómo es...

Loo sonreía dulcemente.

—Está muy lejos...

—Mejor.

Pasaron así varios meses, llamándolo la voz de aquel mundo, y el señor Ventura limpiándose

el sudor meloso, espeso, pesado, sin ninguna especie de cielo para evaporarse, que su cuerpo inquieto segregaba como un cebo.

—¡No soporto más! —le dijo una tarde a Loo, después de algunas horas cálidas de intimidad—. Aquí tienes, aquí tienes a tu portuguesito batiendo alas...

Quiso, de hecho, irse de allí unos días después, pero un compañero, que adivinó sus designios, le dio consejos de prudencia:

—¡A ver lo que haces, no te encuentres al diablo detrás de la puerta! Mira que ellas se arman cuando menos lo esperamos...

—No tengas miedo...

Dio esta respuesta sin empacho, pero se quedó pensando.

—Y tal vez dices bien —por fin se sometió—. Tal vez sea mejor aguantar aquí un tiempo más...

Dejó realmente de lado la idea de la fuga y aquella vida sin aire continuó. Ocurrió, no obstante, que cierta noche el señor Ventura vio a la hija del secretario del gobernador.

Júlia, la niña de los ojos del doctor Acúrsio, no era, en verdad, flor hacia la que se alzasen los ojos de un soldado raso. Pero los veinte años los cegaron a ambos. Y, ante el pasmo de todo el

mundo, comenzaron los amores. Cuando el secretario se enteró del caso, la ciudad tembló como bajo la furia de un tifón. El incendio, empero, en vez de apagarse, se recrudeció. Y, por la noche y a hurtadillas, mientras el honrado padre dormía el sueño de los justos, el 158 saltaba los muros del jardín. Para hacerlo, el soldado tenía que ignorar absolutamente que había leyes, reglamentos, toques, formaciones, un código completo. Debía salir clandestinamente del cuartel a horas muertas, entrar al amanecer, y reírse de las jerarquías y los dioses.

Advertido por un amanuense de finanzas, solterón que deseaba también a su hija y que rondaba los pasos de los enamorados, el doctor Acúrsio pidió al comandante que tomase medidas.

—Pero ¿soy yo quien ha de vigilarle a la muchacha? —respondió el oficial de mal humor.

—No, pero tiene la obligación de vigilarlo a él, en el cuartel, después de la retreta.

—Ése ya es otro cantar...

Esa misma noche, el centinela tuvo órdenes severas para disparar a cualquier camarada que saliese sin permiso.

—¡Alto! —oyó el señor Ventura en cuanto puso el pie fuera de la valla, a las tres de la mañana.

—¡Soy yo, 47!

—¡Alto, he dicho, o disparo!

—Dispara, pues... —y el alentejano corrió como alma que lleva el diablo.

Los tiros iban dirigidos realmente a su cuerpo, pero el 47 no esmeró la puntería. El 158 no era hombre al que se matase así, sin más ni más.

—¡Adiós! —fue la última palabra que Júlia escuchó de aquella boca.

El señor Ventura se había encontrado de nuevo consigo mismo. Tranquilo, trepó hasta la ventana, entró en la casa, tomó a la muchacha en sus brazos, la besó y le dijo pausadamente:

—No soy la horma de tu zapato. ¡Adiós!

VII

Al día siguiente, el 158 no apareció a la hora de la llamada.

—¿Uno más? —preguntó tranquilamente el teniente Lourenço cuando fijó sus ojos en la comunicación del oficial de servicio.

—Uno más —respondió, con indiferencia, el sargento.

Y una sola palabra resolvió el resto.

La escribió un alférez gordo, siempre congestionado dentro del dolmán, con una letra redonda y pequeña, único don precioso que le quedaba.

Con la misma ternura de hacía veinte años trazaba aquel sustantivo donde había depositado todos los sueños de su mocedad. *Desertor*; leía al final, con el sabor en la boca de un pecado por el cual valía la pena morir. El mundo pasaba entonces frente a los ojos del escribiente como la visión irreal de un cuento. Pero había tenido miedo. En la hora decisiva se le acumularon en el espíritu todas las limitaciones y todas las cobardías. Aunque su compañero chino lo animaba con espejismos de paraíso. Incapaz como un pájaro sin alas, se había quedado. Nunca había tenido siquiera el valor de confesar a nadie su intento. Callado, avergonzado por su pusilanimidad, se liberaba sólo a ratos, cuando otro, señor del ánimo que le faltaba, hacía resonar en la tristeza del despacho el sonido agridulce de la palabra *desertor*.